

## MEDITACIÓN IV

### DEL AMANTE MODERNO

—Es imposible que comprendas esto, papá; no eres bastante *fin de siècle* (1).

Esta desdeñosa frase se pronunciaba en el comedor de un delicioso departamento de la calle de François 1<sup>er</sup>, cubierto con tapices representando escenas de tabernas, imitaciones de los cuadros de Teniers. La madre del joven que acababa de hablar, estaba ausente, y el padre, el hijo y yo concluíamos de almorzar. El padre, alto y robusto, hijo de un aldeano, un *self made man*, como dicen los ingleses, con sus manos anchas y la robustez de sus miembros no desmentía su origen; el hijo, por el contrario, ofrecía, con su delgadez, su hundido pecho, su palidez y sus músculos empobrecidos, el aspecto de esas consumiciones que se producen desde la tercera generación en la burguesía del terruño.

(1) Nos permitimos observar que cuando la *Vie Parisienne* publicó esta *Meditación* (Septiembre de 1888) y menos todavía cuando Claudio Larcher la escribió, la frase *fin de siècle* no se tomaba en el sentido banal y de broma que se le ha dado después.—P. B.

Esto no quita que los hombres políticos, que se cuidan del mejoramiento de nuestra raza tanto como de cumplir su primer programa, se extasien al hablar de la sociedad contemporánea y observen con placentera mirada, cual si fuera un progreso, la universal decadencia física de los seres humanos.

Al oír la linda frase que acabo de consignar, pronunciada por semejante boca, el padre y yo nos miramos y nos pusimos tristes, en vez de sonreírnos; él, porque aquel gomoso sin virilidad era su hijo; y yo, porque tenía entonces la triste condición de observar las degradaciones de la sociedad y del individuo y de sufrir atrocemente por ello, cosa que constituye uno de los más necios pedantismos de la época, y del que todavía no estoy bien curado.

Nuestros predecesores conocían tan perfectamente como nosotros la estupidez y la infamia humanas, sin más diferencia que ellos contaban alegremente su misantropía. Hoy comprendo muy bien cuán ridícula era la pretensión de aquel gomoso con monóculo, queriendo enseñar a vivir a su padre, que tenía más vigor en su dedo pequeño, que él en todo el cuerpo. Pero la frase, que era excelente y digna de prosperar, el tono y el tipo indicaban perfectamente que existe en Francia, desde la última guerra, una nueva generación que vive con serenidad y hasta con fantasía, en el ambiente de la decadencia nacional. Y al buscar yo alguno de los rasgos que, en la numerosa clase de los amantes, distinguen en la actualidad al enamorado, me acuerdo de aquel mermado joven, y me parece escuchar su voz cascada, cuando me decía: «—No... no es aún bastante fin de siglo...» ¡Oh, joven degene-

rado, qué incalculables son los progresos que el cáncercer parisién ha hecho en tu corazón! Mejor debiera decir, en los nuestros.

\* \* \*

Los que son amantes, son siempre lo mismo, decía yo poco más o menos en la *Meditación III*, imitando aquella célebre frase: «En la guerra, los verdaderos soldados son siempre lo mismo, es decir, que son los que se hacen matar.» Pues bien, lo que constituye el amor, a pesar de cuanto digan las teorías novelescas o románticas, es el sexo.

Para definir bien la calidad de los sentimientos que experimentan al lado de una mujer los hombres en quienes el amor es la única preocupación, sería preciso conocer a fondo su idiosincrasia sexual. Cuando un Labrador alimentado con tocino, queso y patatas, que está trabajando todo el día y que no abre nunca un libro, llega a la pubertad, hacia sus diez y ocho años, como otro animal cualquiera, ¿puede ser acaso comparado con los jóvenes de las grandes poblaciones, cuya inocencia a esa edad es igual a la de un capitán de húsares? He hablado de tocino, de queso y de patatas, porque no es solamente las más o las menos prácticas amorosas las que modifican el instinto sexual, sino que también contribuye mucho a ello el alimento, las bebidas, las ocupaciones y el aire que se respira. El obrero que trabaja el caoutchouc pierde su virilidad con la influencia del sulfato de carbono, y el que fabrica cerillas, por la del fósforo; estos son hechos constantes. La herencia es también

un poderoso modificador de ese instinto. Entre la hija de un padre morigerado y la de un vividor; entre el hijo de una mujer honrada y el de la galante, existe la misma diferencia que entre los hijos de un gotoso y los de un tísico... Fijémonos ahora en el joven de nuestra época, que la Naturaleza ha destinado a representar el papel de amante, y sigamos las etapas de su sexualidad, teniendo en cuenta algunas reflexiones, que después de todo, no son más que el comentario del antiguo adagio: «*Totus homo semen est...*» que corresponde a este otro: «*Tota mulier in útero...*» Dejo al lector el cuidado de traducir esto al francés *fin de siglo*, para mis lectoras, si es que hay alguna que pueda sufrir la atmósfera de laboratorio esparcida a propósito en estas *Meditaciones*.

El futuro amante acaba de cumplir diez años. De los dos animales que viven en nosotros, el que se alimenta y el que se reproduce, el único que funciona es el primero; el segundo está todavía dormido. A esta edad es cuando, por lo regular, los padres ponen al muchacho interno en un Liceo. Si el padre es hombre de ocupaciones, su imaginación está demasiado preocupada para vigilar la educación de su hijo, y si carece de ocupación, le falta el tiempo para acudir al círculo, al teatro, a las visitas y a la morada de su amante. La madre tiene que cuidar de su casa, o si no, por poco rica que sea, es también, de diez veces ocho, muy *fin de siglo*; y desde el día en que el niño deja de ser una cosa bonita que anda, un muñeco que es menester adornar, acicalar, rizar, vestir y desnudar; ¿de qué le sirve ya, tanto más cuanto que muchas veces es difícil conseguir que se calle? En

una casa cuya señora toma la actitud de una madona delante de cierto caballero, se presenta éste y se sienta en una silla; pero hallándola poco sólida, se levanta y toma otra: «—Seldrón es quien la ha roto—» exclama el niño—. «¿Por qué no viene ya, di, mamá?...» El tal Seldrón es un hombre de cuarenta años, alto y fornido como un mozo de cuerda, que ha sido durante mucho tiempo el amante de aquella mujer y de quien el nuevo visitante tiene celos por lo pasado. Esta pregunta del niño, y otras a ella parecidas, por lo impertinente, es de las que a una parisién del tiempo presente pone, para con su hijo, entrañas de Medea.

En lo dicho hallaréis la razón de por qué el niño-juguete, como llama un humorista a los chiquillos de la gente rica, niño-juguete, cuyo sitio en casa es un cojín o una butaca del salón, se halla de pronto transformado en un sér que a los diez años se lava como los gatos y se roe las uñas; a los once fuma en el retrete cigarrillos fabricados con colillas; que canta canciones obscenas a los doce y que a los trece o a los catorce emprende en sí mismo o en algunos de sus compañeros, ciertos estudios prácticos de fisiología comparada.

Mi intención no es exagerar estos vicios del adolescente, ni la de darles tampoco una importancia mayor que la que le dan los mismos interesados. Todos los padres, sino todas las madres, lo saben, y como continúan poniendo internos a sus hijos, es necesario creer que aceptan esto como aceptarían la tos ferina, el sarampión o la vacuna. He visto además cómo fueron acogidos por la crítica aquellos de mis

colegas que en sus libros han querido interesarse con apasionamiento de este tema evidentemente grotesco: el pudor de los niños. Y no obstante eso, hay que decir que, como consecuencia de los descuidos de educación directa e indirecta, el adolescente perderá todo pudor y a los dieciséis años se cuidará de enterarse de alguna de esas enfermedades vergonzosas que dan ocasión a multitud de reclamos en varios idiomas y en ciertos sitios publicados, cosa que nos ofrece, dicho sea de paso, la idea del completo cosmopolitismo galante de los parisienses.

El adolescente sin pudor adquirirá noticias detalladas de la aludida enfermedad y se sentirá tan orgulloso con ese conocimiento, como si hubiera hecho un acto meritorio. Este proceder le inicia temprano en las cosas de la vida, y observando cómo existen en derredor suyo intimidades entre grandes y pequeños, ligeras y baladías unas, y serias, con regalos y media manutención otras, o con acompañamiento de versos y prosa, se preparará para las relaciones de otra magnitud, que encontrará en el mundo. Que canta canciones obscenas, mejor que mejor; está en condiciones para ingresar en el cuartel y cumplir el servicio obligatorio, esa iniciación que el patriotismo parlamentario impone a toda la juventud, incluso a los futuros sacerdotes, sin preguntarse nunca cuánta sea la destrucción social que representa la promiscuidad militar, sin fe religiosa, ni moral de ninguna especie. Que el colegial se entrega consigo mismo a actos feísimos; esas son cosas pasajeras, y además, ¿estáis cierto de que sea verdad? La vigilancia es exquisita en esos establecimientos; los pasantes están muy so-

bre aviso y el director es oficial de la Legión de honor. Mucho se ha hecho en algunos años para saquear los colegios...

¡Qué bello es el optimismo y qué fuerza despliega! Yo he carecido siempre de él, y lo deploro. Así es, que cuando veo pasar un rebaño de colegiales con su traje igual, en vez de alegrarme por la sabia organización de la sociedad, que asegura a esos tiernos alumnos la enseñanza, se me ocurre la mala idea de que su padre se está divirtiendo con alguna mala mujer, que su madre está metida en un coche con su amante, que el pasante que los acompaña está pensando en alguna bribona, y fijándome en ellos mismos, no se me ocurre atribuir la palidez de algunos, ni el poco brillo de su mirada, ni la debilidad que presenta su cuerpo, al exceso del estudio, sino que se me viene a la memoria una conversación que tuve hace algún tiempo con el doctor Ch... que ha fallecido ya.

Un horroroso escándalo acababa de publicarse en la Prensa, respecto a un magistrado, casado, padre de familia y que a los cincuenta y cinco años se había deshonrado por uno de esos caprichos contra la Naturaleza, de que tratan los libros de Medicina legal. «—He aquí el resultado de las malas costumbres que se adquieren en los colegios...»— me dijo el doctor, que era antiguo compañero del personaje de quien se trata, e insistiendo, me explicó cómo las malas costumbres de la adolescencia se reproducen algunas veces bajo la forma de abominables vicios en el hombre casi anciano. Me afirmó que el trastorno nervioso que de ello resulta, nunca inofensivo,

tiende a producir la *cerebración*, así llamaba esa especie de descomposición del cerebro y de los sentidos, que, llevada muy lejos, produce extrañas consecuencias y hace que el hombre no pueda sentir deleite, más que en condiciones imaginativas de cierto orden, como aquel anciano, *muy fin de siglo*, que exigía de sus amadas que se fingieran muertas en la cama, permaneciendo inmóviles, con la cara cubierta de polvos, la boca entreabierta y los ojos cerrados, mientras que él, revestido con una estola negra y colocado entre los ciriales, recitaba el oficio de difuntos. En fin, aquel doctor pesimista consideraba la vida del colegial interno, como el veneno de nuestra clase media y me suplicaba que escribiera yo un libro fundado en la tesis de que todas las neurosis tienen por causa los desórdenes eróticos, y que éstos se deben a una mala higiene moral en la época de la pubertad. Este anciano médico no era ni en poco ni en mucho *fin de siglo*. Me citaba con ingenua admiración aquella frase de las *Ideas de madame Aubray*: «Es necesario reconstituir el amor, o estamos perdidos.» Creía firmemente en la misión de la literatura y en el deber que tenemos los escritores de decir en todos los tonos, en broma, en serio, oportuna e inoportunamente y sin cesar, cuanto pensamos y creemos respecto a las enfermedades de nuestra época; cosa que no proporciona a nadie el nombramiento de socio en ninguna de las Academias nacionales, ni lleva a la diputación, ni consigue el entusiasmo de los jóvenes, ni la admiración de los artistas, ni brinda con la estimación de los republicanos o de los reaccionarios, ni conquista las simpatías de los hombres de mundo,

ni de la bohemia, ni conduce a otra cosa, en fin, que a hacer reflexionar a las *personas de buena fe*. El poeta y filósofo Raoul Ponchón escribió, con distinto motivo, pero con semejanza de idea, una canción satírica, que viene aquí, que ni de molde.

Cuando salimos de Melun—dice el cantar—, éramos uno, y al llegar a Carcasona, no había ninguno.

\* \* \*

Los futuros amantes, sin embargo, pasan por el lupanar escolar sin mancharse demasiado, porque sueñan con las mujeres, tan luego como el sentido sexual se despierta en ellos. Admitamos, pues, que el enervamiento que se adquiere siendo interno en el colegio, ejerce poca influencia en éstos, y sigamos a esos hermosos jóvenes que más tarde han de hacer llorar a tantos bellísimos ojos, en su primer encuentro con la Venus natural. Confesemos al mismo tiempo, que si la estadística de los desfloradores ofrece algunas dificultades para una concienzuda observación, la de las desfloratrices es mucho más fácil de establecer, porque es en las casas de lenocinio en donde se cosechan casi todas esas virginidades, si pueden llamarse así, a inocencias ya empañadas, o a margaritas, que no tienen más que un pétalo.

Me parece estar viendo en este mismo momento el patio de recreo de los medianos, en el Liceo de provincia, en donde me he educado yo, y el rincón que se halla al lado de la vieja puerta, que no sirve ya, en donde nos gustaba estar durante las horas de sol. Los viernes por la mañana, salíamos los jueves, había

siempre en aquel rincón uno de nuestros compañeros *que había ido a...* y le mirábamos con mucha curiosidad y con cierta envidia, los que aún no habíamos dado tal paso. Otras veces, durante el paseo, allá en las afueras, nos indicábamos con una mirada el consabido callejón... Más tarde vine a concluir mis estudios en el Liceo de París, y las confidencias de los Richelieu del porvenir respecto a sus primeras armas, eran exactamente las mismas. Las segundas, sí, se diferenciaban; pues mientras que los pobres provinciales continuaban peregrinando hacia el único sitio de la villa, en donde podían encontrar mujeres que no costase muy caro, los parisienses empezaban a correr aventuras.

Durante el año en que estudié retórica, tenía tres amigos, en compañía de los que daba largos paseos por una pradera plantada de árboles muy endeblés. Uno de mis compañeros sostenía relaciones en el barrio, con una muchacha del café de la *Source*, la *Maison Dorée* de los hombrecillos de la época, que tenía el gracioso nombre de María la Souliote—la borracha—, y por capricho, o con intención, mi amigo la llamaba la Souliote, que vale tanto como la preocupada o la... perdida. Era tan delgada y tan pálida como él, e iba algunas veces a verle en el locutorio, vestida de hombre. El segundo era el amante de una viuda equívoca, que había visto en una de las fiestas organizadas por el difunto Ballande para la instrucción dramática de los colegiales. El tercero y el más afortunado, seguía una intriga, llevada lo más adelante posible, con la hija de una de las amigas de su madre, y estaba trabajando cuanto podía con el fin

de conseguir para mí una aventura igual a la suya, con una prima de aquella joven. Este plan no tuvo éxito, porque descubrimos que la predicha prima planeaba ya su novela, según los rumbos indicados con una amiga suya, demasiado íntima. Tal era el virtuoso objeto de nuestras conversaciones, mientras estábamos paseando, comiendo un pedazo de pan y chocolate bajo la vigilancia de los pasantes. Acabo de leer ahora en un periódico que hoy día, en los colegios, la moralidad se cuida más y la vigilancia es más exquisita... ¡Qué fáciles y cándidos son algunas veces los periódicos serios!

Mas, seamos graves cinco minutos siquiera, aun cuando ante esa obra de cándida seriedad obligada, convengo en ello, me ría, para, como dijo el otro, no llorar. La vista de tantas miserias humanas hace mucho daño; pero ¿por qué hemos de callarlo? La hipocresía de ciertas decencias, es una cobardía; señalemos más bien las consecuencias de la higiene sentimental y sensual que acabamos de describir respecto al futuro amante. ¿Creéis que éste olvidará sus primeros experimentos? El, tal vez sí; pero sus sentidos, no. Existe una memoria, que pudiéramos llamar del sexo, bien conocida de todos los libertinos, por la que el recuerdo de nuestras orgías nos persigue hasta en nuestros más ideales amores, y esto es una de las formas que toma esa terrible y misteriosa justicia, que quiere que todo se pague, tarde o temprano, en este mundo. ¿Es posible negar que Dios existe, cuando se observa esta regla sin excepción? ¿Las consecuencias? Son, en primer lugar, un ataque al buen equilibrio del sistema nervioso en la edad de su

completa formación, ataque tanto más nocivo, cuanto que el régimen sedentario, la respiración comprimida y el trabajo obligatorio añaden su influencia, sin contar el alimento mediano y la laxitud del estómago. En mis tiempos juveniles, el castigo más ordinario que se nos imponía por una palabra o por un gesto, era la privación de recreo después de la comida del mediodía. El joven saldrá, pues, del colegio, con los nervios quebrantados, y este enervamiento será para toda su vida, lo que es la primera preparación del color para un cuadro. Dará el tono a todas sus sensaciones, y al final se presentará de nuevo dominándolo todo. Además, esta singular adolescencia producirá en el joven la idea de que la mujer es con frecuencia una fiera y con más frecuencia todavía, una bestia. Oscila entre la bribona que le explota con bajeza y la que le corrompe por afición al vicio, sin contar con la jamoma que hace de ese cuerpo joven, un dócil y flexible instrumento de lujuria.

El joven crece y se desarrolla a pesar de esas diversas causas de agotamiento de fuerzas, y no deja de ser el hombre entusiasta y lleno de ilusiones, de deseo y de la ingenuidad peculiares de su edad. Mas lo mismo sucede con el alma, que con el cuerpo; por más que se curen a los diez y ocho años de una de esas enfermedades infecciosas que dieron gloria y dinero al insigne Ricord, el virus, sin embargo, se le quedará en la sangre. Hay virus también para el corazón, contra el que se buscan en vano esos licores y esas píldoras, celebradas en una canción, por un estudiante sin preocupaciones. Dicha canción da una idea del alimento moral que el joven encuentra en la

atmósfera de sus veinte años. La oímos Mareuil y yo a su mismo compositor, en un restaurant de la calle Monsieur le Prince. Se trataba en ella de un sangrador y de su querida, él decía:

Bebemos ambos en el mismo vaso — el  
licor de Van Swienten—y  
nos repartimos como hermanos — las  
píldoras de Dupuytren...

Y la concurrencia repetía en coro:

*Las píldoras de Dupuytren.*

Hagamos el resumen de este largo y medicinal análisis con este sencillo aforismo:

### X

*El corazón del hombre tiene siempre la edad de su sexo.*

Admitamos que el corazón del amante moderno tenga treinta años, después de las sacudidas que le imprime la Venus escolar, ¿qué edad tendrá diez años más tarde? Esta pregunta os la hago a vosotros todos, los que formáis en París la legión de los hombres verdaderamente amados, a ti, clubman delicioso, que has desnudado duquesas, inspirado caprichos a las más elegantes de las impuras y gustado el encanto del más exquisito refinamiento de la gracia femenina; a ti, artista, ya célebre, que has utilizado la libre entrada del estudio para comparar los besos de tus

lindos modelos, con los de las señoras que iban allí para que hicieras su busto o su retrato; a ti, escritor de fama, que has pasado los años de aprendizaje, celebrando, en verso o en prosa, a camareras, burguesas, actrices y a vulgares mundanas; a ti, abogado, más sentimental que astuto, que has manejado más esquelas amorosas, que legajos; y, en fin, a todos los que formáis parte de la susodicha legión. Demasiado sé que me contestaréis, que las campañas galantes cuentan el doble, y las de pasión el cuádruple; que el hombre tiene treinta años, pero su corazón toca a los cincuenta. La famosa *cerebración* predicha por mi amigo el doctor, dolencia que tiene como punto de partida el enervamiento de la adolescencia, se ha apoderado de ese hombre. Puede tener y tiene un excelente estómago, conservar todos sus dientes, todos sus cabellos, y ser muy ágil; mas no es él, sino la experiencia y las impresiones que ha recibido, las que cuentan. Tantas vueltas ha dado alrededor de las mujeres, tantos placeres han trabajado su cuerpo, que necesita, para que su sistema nervioso esté verdaderamente excitado, lo picante de las sensaciones, los sentimientos complejos, los dramas íntimos, todo cuanto, en fin, pueda impresionar su imaginación. Ese otro está muy orgulloso de que su cerebro haya adquirido un dominio completo sobre sus sentidos, hasta el punto de que puede hacer gozar mucho tiempo a su amada, sin que su propia cabeza se trastorne; pero este poder, que hace al hombre maestro en el deleite y capaz de apoderarse mejor del alma y del cuerpo de una mujer, lleva consigo también un cruel inconveniente y es, que el que posee ese domi-

nio necesita, para llegar al placer completo, aun cuando esté enamorado, algo que le ayude y que es, según los casos, una desenfrenada corrupción o una inocencia completa, una *idea*, para decirlo en una sola palabra. Es preciso que esta idea, excitando su imaginación, obre sobre sus sentidos, medio embotados, por más que haya quedado intacta su potencia para hacer sentir, anomalía singular, que ha creado esa variedad de amantes, casi contra Naturaleza, de enamorados libertinos.

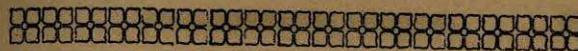
Pero el amante moderno no es solamente un ente dominado por esa idea a que nos referimos, sino que es también, en virtud de su experiencia adquirida, una especie de analizador inconsciente, o mejor dicho, que presenta esta segunda anomalía: es un sér apasionado, sin ilusión. Amar, para él, es espiar en la mirada que se le dirige, en el gesto con que se le recibe y en la caricia que se le hace, el engaño posible, probable o cierto. Conoce demasiado a las mujeres para no saber que esa criatura peligrosa tiene mucho de la raza felina, y que es capaz de fingir con sobrada serenidad. En el hombre natural, que siente como obra, obligado por la franqueza del primer instinto, la desconfianza mata el amor, y el amor crea la confianza; este es el antiguo mito del pequeño dios que lleva los ojos vendados, o uno de los personajes de la comedia *Les Jocrisses del amor*. El amante moderno podría muy bien servir de modelo para otra comedia, cuyo título pudiera ser *Los Jocrisses de la sospecha*; porque no ama más que con una parte de su sér y desconfía con la otra, cosa que le ocasiona desgracias tan complejas, como él mismo. Me acor-

daré mientras viva de una comida que Raimundo Casal, de quien he hablado ya, y yo, hicimos solos los dos, en la fonda de Voisin. Después de una aventura, asaz misteriosa, con cierta señora de T\*\*\* que hubo de hacerle sufrir bastante, pues su carácter varió mucho en un año, se lanzó como un loco a otra aventura, entablando relaciones con la terrible condesa V\*\*\* y se hallaba en aquel momento en un período horroroso. Sabía que aquella mujer le engañaba con un granuja, y estaba convencido de que todos sus amigos y compañeros, incluso yo, lo sabíamos. Nos habíamos encontrado ambos, a las cinco de la tarde, en casa de la condesa, alrededor de una mesa y tomando té. Salimos juntos y «—¿En dónde coméis esta tarde?...» me preguntó, con ese tono peculiar, lo conozco demasiado, del hombre que teme sentarse solo en la mesa, con el miedo horrible del epiléptico que piensa en el próximo ataque que ha de sufrir. Nos pusimos, por fin, a comer; yo empecé por hablarle de Coleta y él me estuvo hablando de la condesa, sin nombrarla, pintándomela rubia en vez de morena, que es. Su delicadeza le hacía contarme aquella aventura como cosa sucedida ya hacía tiempo; mas el sonido de su voz, el brillo de su mirada y el temblor de sus manos, demasiado daban a conocer que se trataba de la actualidad. «—Me ha engañado, decía, y con quién! ¡Pero era de esperar! Escuchadme; yo tengo una teoría, mía propia, y es que la mujer casada que tiene un amante, no busca en él un segundo marido... busca a alguno que le dé, lo que no le da aquél, no manjares sanos y suaves, sino picantes, con muchas especias, y sobre todo con mu-

cha pimienta. ¡Y cuántos le he servido de esta clase! Si supierais lo que era ella para mí al principio de nuestras relaciones...; empero los sabios están buscando siempre, y como yo había hecho de ella una sabia, era imposible que no me hiciera traición... Mas, ¡oh misterios del corazón humano! me admiré cuando lo supe, me prometí a mí mismo dejarla y, sin embargo, volví a verla. El pensar en las caricias que la prodigaba el otro poseyéndola, y, sobre todo, mirándola mentir, me producía una especie de amargo placer... Ya véis cómo todos nos parecemos...»

Le estaba yo escuchando contarme casi mi propia historia, con la curiosidad particular que despiertan las analogías de las almas. ¡Son tan raras! Mi interlocutor se me aparecía como el tipo del amante de nuestros días: cuarenta y dos años, rico, aficionado a todos los *sports*, a la esgrima, al juego de pelota y a la equitación; poseyendo un nombre muy conocido en París, el de uno de los más fieles senadores del Imperio, esbelta y varonil figura, ojos, dientes y voz encantadores; era, además, soltero y hombre de talento, de ese talento que tanto agrada en el trato de las gentes, tan pronto profundo, como superficial. Apenas hacía cinco minutos que acababa de decirme, a propósito de la señora de Moraines y del viejo barón que sufragaba sus cuantiosos gastos: «Todo lo mejor que había en lo más selecto de los *demi-mondes*, era para él...» ¡Cuántas y cuántas amantes tuvo, a cuántas encantó, abandonó y amó tal vez! Pero aquel vividor mimado, no era en el fondo más que un desequilibrado, un enfermo, a quien podría aplicarse, como a todos sus colegas en amor, la frase

que el célebre autor dramático Emilio A... dijo respecto a mi excelente compañero Pablo B... el día en que los amigos de éste tuvieron la idea de hacer que le dieran no sé qué premio de la Academia. «¡Un premio a B...!» exclamó el viejo galo Emilio A. «¿Sabéis lo que ese muchacho es? ¡Pues ni más ni menos que un puerco triste!» «¡Un puerco triste!» repetía B... con la cándida desesperación de un escritor casto en su vida, si bien atrevido en sus libros, como acontece por lo regular. «¿Por qué no contestó al señor A... que es una ventaja el serlo?» me dijo Casal, cuando le conté esta anécdota; pero las palabras son palabras, y no consiguen hacer desaparecer la tristeza.



## MEDITACIÓN V

### DE LA QUERIDA

Pongamos debajo del microscopio la palabra *maîtresse* (querida), como lo hemos hecho ya con la de *amante*, procurando que no caigan lágrimas en el cristal, porque no es este el modo de ver claro, y empecemos por olvidar las horas en que yo decía a Coleta: «¡Ah, querida, querida mía!» La primera impresión que produce esta palabra *maîtresse* (1), es tan dulce y tan tierna, que hace comprender perfectamente el significado que sus inventores han querido darle, es decir, la más graciosa de las servidumbres voluntarias. ¡La *maîtresse*! es la dama de la caballeresca Edad Media, pero que ha bajado ya de su torre feudal. Os sonrío, os tiende su fina y blanca mano y se digna aceptaros por esclavo. Así es como lo entendían los enamorados de antaño y con qué aire orgulloso, sentimental y vivaracho, los personajes de las primeras comedias de Corneille, en aquellas es-

(1) *Maîtresse*, además de querida, significa dueña, ama.